

LA TRAGEDIA AFGANA EN EL MARCO DE LA GEOPOLÍTICA MUNDIAL (1)

Azizurahman Hakami

Doctor en Ciencias Políticas por la Universidad Complutense de Madrid

La historia de Afganistán es de una complejidad extraordinaria, como también lo es su malhadado presente. Las alternativas al conflicto vigente son varias y van desde un incremento en la presencia militar que permita una ventaja decisiva sobre el terreno (en la línea de lo ya hecho en Irak) hasta su puro y simple abandono, pasando por fórmulas intermedias de negociación y otras que requerirían de un compromiso firme de los países de su entorno.

En suma, un país cuya historia y geografía física y humana debe hacernos reflexionar antes de decidir. Llámase experiencia a la acumulación de errores.

Introducción

Afganistán puede ser considerado hoy en día como un paradigma de «Estado fallido». Es víctima, en efecto, de una profunda crisis a todos los niveles, una crisis para la cual además no se vislumbra ninguna salida a corto plazo. Esta crisis responde, por supuesto, a una pluralidad de factores y ante todo a la dificultad de construir un Estado mínimamente sólido en un territorio caracterizado por una acentuada diversidad étnica, y por una orografía auténticamente endiablada. Es esta orografía la que dificultado de manera radical los esfuerzos centralizadores de los sucesivos Gobiernos afganos y la que, sobre todo, ha bloqueado el desarrollo de una base económica con la que financiar la edificación de un Estado moderno, capaz a su vez de ir recreando una adecuada conciencia nacional.

Aun así, el país conoció desde finales del siglo XIX hasta la década de los años setenta un apreciable desarrollo en todos los ámbitos. Aunque fuese en condiciones precarias, se habían echado ya los cimientos de un verdadero Estado. De igual manera, aunque con extrema lentitud, se estaban produciendo cambios muy apreciables en las costumbres cotidianas, sobre todo en lo que respecta a la posición de la mujer, del mismo modo que había ido apareciendo una pequeña capa urbana e ilustrada. Pero, sobre todo, se había alcanzado una cierta estabilidad interior. Todos estos hechos, fácilmente comprobables, desmienten de plano cualquier visión fatalista acerca de una presunta imposibilidad de modernizar la sociedad afgana.

(1) Esta breve nota desarrolla algunos aspectos de mi tesis doctoral «Crisis política y económica de Afganistán», leída en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología el día 25 de marzo de 2010. El autor desea agradecer encarecidamente a Juan Ignacio Castien Maestro, profesor de dicha Facultad, la ayuda brindada para la elaboración de este texto. Sin su ayuda este artículo nunca hubiera podido ver la luz. Muchas de las ideas que aquí se exponen son además obra suya. Asimismo, agradece igualmente al profesor Jorge Verstryngne las valiosas sugerencias que le ha proporcionado, así como toda su labor como director de esta tesis.

Las cadena de guerras desencadenada a partir del golpe de Estado comunista del 27 de abril de 1978 acabó abortando este prometedor proceso. Como ha ocurrido otras veces en la Historia, un intento de modernización radical y precipitado condujo a un resultado opuesto al deseado. Afganistán seguía siendo un país muy conservador y la inmensa mayoría de su población se adhería a una visión muy tradicional del islam. No hay que olvidar a este respecto que este islam tradicionalista servía para unir entre sí a unas poblaciones muy heterogéneas, a las que además ayudaba a diferenciarse de sus enemigos, frecuentemente no musulmanes, como los hindúes y los sij y, más tarde, los rusos y los británicos. No debemos sorprendernos entonces de que se reaccionase con una profunda hostilidad hacia las reformas modernistas de algunos gobiernos. Es lo que le ocurrió al rey Amanullah en la década de los años veinte, cuyo programa de reformas, en la línea de las que estaban teniendo lugar también en países como Turquía e Irán, acabó por poner en pie de guerra a parte de la población, obligándole a exiliarse. Y es lo que sufrieron, aún con mayor intensidad, los gobernantes comunistas de finales de los años setenta. Muchas de las políticas que promovieron podrían parecer razonables a primera vista, como la reforma agraria o la emancipación de la mujer.

Sin embargo, el resultado de las mismas fue una rebelión masiva, motivada también por la inusitada torpeza y brutalidad con las que fueron emprendidas. Tampoco puede olvidarse que ya, desde los años sesenta, Afganistán había conocido los primeros desarrollos de un islam político importado del exterior. Este islam político se articuló muy bien con el viejo islam tradicional, cosa que no siempre ha ocurrido en otras regiones del mundo musulmán. De este modo, la reacción antirreformista estuvo ahora mucho mejor organizada. Asimismo, este mismo islam político ayudó a tender puentes entre los insurrectos afganos y los movimientos islamistas del exterior. A todo ello se sumó, por último, la lucha entre las dos potencias, Estados Unidos y la Unión Soviética, apoyando cada una de ellas a uno de los dos bandos en lucha.

A más largo plazo, los efectos de este largo conflicto fueron nefastos. No se trató únicamente de que el país quedase devastado. El mal fue más profundo y consistió en una profunda dislocación de la sociedad afgana. Las sucesivas guerras han favorecido el fraccionamiento del país, sobre todo cuando los diferentes bandos han podido acceder a fuentes de recursos, como las ayudas del extranjero y los beneficios del tráfico de drogas, que les han permitido operar de manera autónoma, desentendiéndose de cualquier poder central. De este modo, el proceso ya en curso de estatalización del país se ha visto revertido de un modo dramático. También, y como es bien sabido, se han fortalecido de forma decisiva los sectores más fundamentalistas de la sociedad, que fueron quienes lideraron la resistencia contra el régimen comunista y contra las tropas soviéticas venidas en su ayuda. La esperanza albergada por algunos autores occidentales de que esta victoriosa guerra de resistencia pudiera haber fortalecido la unidad nacional y acabar promoviendo, más a largo plazo, un proceso de modernización compatible con las tradiciones locales no se han cumplido en modo alguno.

Como podemos apreciar, la crisis afgana es el fruto de una compleja interrelación entre factores internos y externos. No debe olvidarse en ningún momento el hecho de que hace tres décadas se convirtió en un campo de batalla en el que las dos grandes potencias combatieron de manera indirecta, de igual manera que hoy se juega también en su

territorio un combate más poliédrico entre: Estados Unidos, Irán, Pakistán e India. A este combate se añade otro más genérico, entre las potencias occidentales, y sus aliados locales, y el islam político en su versión más radical. De este modo, se ha producido una fatal convergencia entre las debilidades internas de su proceso de construcción nacional y las ambiciones de las potencias exteriores. En este artículo vamos a centrarnos, sobre todo en estas últimas. Nos interesa, así, estudiar más a fondo la influencia de este factor geopolítico que parece estar impregnando todo el conflicto afgano.

Las potencialidades geoestratégicas de Afganistán

Afganistán es un país de encrucijada. Situado en el centro de Asia, constituye un lugar de tránsito entre distintas regiones, como: India, China, antigua Unión Soviética y Oriente Medio. Es un país que muchos aspiran a dominar, pero lograrlo resulta muy difícil. Aquí reside en gran medida la raíz de la tragedia afgana. Es también una tierra de tránsito desde hace varios milenios. En el pasado la región de Balj, en el norte, constituyó uno de los principales nudos de la «ruta de la seda». Así, Afganistán fue ya desde antiguo uno de los pasos obligados entre el mundo chino y el exterior. De igual manera, supuso durante siglos un paso obligado para todos los conquistadores que avanzaban hacia la India, como los arios, los escitas, los kushan, los macedonios, los omeyas, los gaznavíes, los mogoles y los propios afganos durante su periodo de mayor esplendor en la primera mitad del siglo XVIII. De este modo, Afganistán vino a ser también un excelente puente entre el mundo indio y ese mundo turco-persa que fue conformándose desde la Alta Edad Media.

No debemos extrañarnos de que acabara después convirtiéndose en el centro de las disputas entre Rusia y Gran Bretaña. Para la primera apoderarse de Afganistán suponía acercarse a la codiciada India, para la segunda conllevaba abrirse a Asia Central y poder defender mejor además su apreciada «joya de la Corona». De resultas de esta pugna, el país quedó transformado en una suerte de «Estado tapón» entre los Imperios ruso y británico. Esta posición intermedia le permitió salvaguardar su independencia. El hábil juego diplomático de sus dirigentes entre los dos Imperios, lo inhóspito del terreno y la fiereza de sus habitantes a la hora de combatir a los invasores, en particular durante las dos guerras anglo-afganas de los años 1838-1842 y 1879-1880, le ayudaron a sobrevivir. Pero a más largo plazo este suerte de encajonamiento supuso también su gran maldición histórica. El país quedó reducido a un territorio aislado y con muy escasas oportunidades para modernizarse. Esta debilidad le hizo, en cambio, más apetecible para los extranjeros, que veían ante sí un territorio de enorme interés estratégico defendido por un Estado muy débil.

Sintetizando mucho, el país se encuentra en la actualidad en el centro de tres grandes ejes geoestratégicos:

1. El eje ruso-índico (antes ruso-británico).
2. El eje sirio-iraní.
3. El eje panturco (entre Turquía y los pueblos turcos de Asia Central).

Una potencia mundial con tan sólo ocupar Afganistán amenazaría ya las retaguardias de sus vecinos. A modo de ejemplo, desde Afganistán hasta Islamabad, capital de

Pakistán, sólo hay unos 190 kilómetros y tan sólo 400 kilómetros hasta la frontera indo-paquistaní. De igual forma, únicamente existen 430 kilómetros en dirección meridional hasta el océano Índico y 500 kilómetros hasta el estrecho de Ormuz en el golfo Pérsico. Este último dato reviste una particular relevancia por cuanto acceder al Índico supone acceder también al tráfico petrolero más importante del planeta. Por todo ello, la invasión soviética de Afganistán constituyó una terrible amenaza geoestratégica para las potencias occidentales, que condujo a que Estados Unidos y sus aliados se volcasen apoyando a los *muyahidín*.

Hay que tener también en cuenta que el punto de gravedad geoestratégico a nivel mundial se ha ido desplazando hacia el este, debido al auge de China, Japón y otros países asiáticos, lo que ha incrementado aún más el valor estratégico de Afganistán. De este modo, el país ha adquirido nuevas potencialidades. Por una parte, constituye una posible salida alternativa para las grandes reservas de gas de varias de las repúblicas de Asia Central. Estas repúblicas se viene sirviendo de la red rusa, del oleoducto turco de Ceyhan o de la ruta iraní. Se ha especulado mucho con una posible red alternativa que atravesase Afganistán y desembocase en la costa índica de Pakistán. Sin embargo, mientras no se estabilice la situación del país no parece que se pueda avanzar mucho en esta dirección. De igual manera, Afganistán podría constituir para Estados Unidos una primera cabeza de puente desde la que adentrarse en el espacio asiático-soviético. Es lo que pareció muy claramente que iba a ocurrir en el periodo inmediatamente posterior a la invasión de 2001. Así, la ocupación de Afganistán vino acompañada de un estrechamiento de las relaciones con las antiguas repúblicas soviéticas, que supuso incluso la instalación de bases militares en varias de ellas. Sin embargo, con el tiempo, las relaciones con estas repúblicas se han enfriado bastante e incluso se han cerrado bases, como ocurrió en Uzbekistán. Desde este punto de vista, Afganistán no ha desarrollado tanto su potencial como cabeza de puente hacia el interior de Asia como hubiera podido pensarse.

Pero también hay que tener en cuenta otras potencialidades geoestratégicas del país desde el punto de vista estadounidense. Afganistán tiene frontera con China y la tiene, en particular, con su población turca y musulmana, que ya le ha dado varios quebraderos de cabeza al Gobierno de Pekín. Podría servir así para ejercer una mayor presión sobre esta potencia emergente, en un escenario futuro en el que los roces entre ella y Estados Unidos y las otras potencias occidentales fueran agudizándose.

Aparte de los intereses geoestratégicos que puedan tener Estados Unidos y sus aliados, existen también varios actores regionales interesados en: Afganistán. Pakistán, en especial, ha hecho de este país una de las piezas claves de toda su política exterior. Este país se encuentra enfrentado con la India desde su nacimiento, sobre todo por la región de Cachemira. Afganistán es mirado por los responsables paquistaníes como el medio de adquirir una «profundidad estratégica» en caso de un conflicto a gran escala con su vecino y enemigo. De ahí que se haya procurado desde hace décadas convertir a Afganistán en una suerte de Estado vasallo, jugando para ello la carta del apoyo a la población pastún, muy numerosa también en Pakistán. Esta política se vuelve tanto más urgente por cuanto existe además el miedo de que sea al final la India, mucho más poderosa en todos los aspectos, quien acabe haciéndose con el control de este país, lo que dejaría a Pakistán auténticamente cercado entre dos enemigos.

No obstante, esta política basada en jugar a fondo la carta pastún reviste un serio inconveniente. Dado que los pastún se encuentran a ambos lados de la frontera son susceptibles de ser utilizados en provecho de cualquier de los dos Estados fronterizos y no sólo de uno de ellos. Así, los pastún pueden ser contemplados también como un auténtico «caballo de Troya» afgano dentro de Pakistán. Esto es tanto más así en la medida en que, además, el propio Afganistán ha sido gobernado de manera casi ininterrumpida desde su fundación, hace dos siglos y medios, por miembros de esta etnia. Los gobernantes afganos se niegan a reconocer la «Línea Durand», establecida en el año 1893 para delimitar las fronteras entre Afganistán y la India británica, primero, y el Estado paquistaní, después. No debe olvidarse tampoco que la cuestión pastún ha envenenado de manera reiterada las relaciones entre los dos Estados y que ciertos gobernantes afganos, como Daud Jan, se dedicaron a desestabilizar a su vecino a cuenta de ella. En suma, Pakistán no las tiene todas consigo en este difícil juego. De ahí también sus intentos de neutralizar a Afganistán, manteniéndolo en un estado de sumisión para que no le ocasione problemas.

A todas estas consideraciones estratégicas, se añade además el hecho de que Afganistán constituye un paso obligado para las mercancías procedentes de Pakistán en dirección a Asia Central, lo cual ha adquirido mucha más relevancia desde la desaparición de la Unión Soviética. Por ello también, le interesa mantener en el país un gobierno aliado e incluso sumiso. Es sabido que los transportistas, o mejor dicho contrabandistas, paquistaníes jugaron un papel clave en el año 1994 a la hora de promover los primeros éxitos de los talibán.

En lo que concierne a Irán, este país puede ver también a Afganistán como una prolongación suya por el este. Todo ello resulta de particular interés para una dinámica potencia regional que trata de extender su influencia sobre los países limítrofes. El dari, una forma más arcaica del persa, es una de las dos lenguas oficiales de Afganistán y es con diferencia la que posee un mayor prestigio cultural. Es además la lengua materna de una gran parte de su población. Es el caso de los tajik, pero también de muchos miembros de otras minorías, como los hazara y los uzbekos, que han ido siendo iranizados con el paso del tiempo. Existe, sin embargo, el problema religioso, ya que la población afgana, incluida la de lengua persa, es mayoritariamente suní. Además las versiones más duras del sunismo, muy influyentes en este país, son abiertamente hostiles al chiísmo. Ciertamente, hay una importante minoría chií en Afganistán, que históricamente ha sido muy influenciada por Irán. Sin embargo, esta minoría es fundamentalmente hazara, es decir, pertenece a grupo étnico débil y marginado, lo cual le resta por lógica bastante capacidad para influir en la política nacional.

Por último, tenemos que tomar en consideración a las antiguas repúblicas soviéticas. Estos nuevos Estados ostentan la peculiaridad de estar poblados por gentes étnicamente similares a muchos afganos. Existe una república del Tayikistán y otra del Uzbekistán, como existen numerosos tajik y uzbekos en el propio Afganistán. Ello puede hacer de estas repúblicas un referente y un punto de apoyo para estas etnias minoritarias. Así, el papel jugado por estas repúblicas podría no ser tan distinto a fin de cuentas del de Pakistán. De hecho, es lo que ha venido ocurriendo ya con el apoyo de Uzbekistán al general Dostun, uzbeko él también y «señor de la guerra» de las provincias septentriona-

les. La riqueza de Uzbekistán y su potencial económico podrían hacer que esta influencia se inensificará en el futuro, pese a las reticencias que su despótico régimen político suscita entre muchos.

Para su desgracia, Afganistán ha dejado de ser una tierra aislada del resto del mundo. Su destino no depende ya únicamente de sus habitantes, sino sobre todo de cómo actúen los países vecinos. Por ello, sólo podrá salir de la situación en la que se encuentra atrapado hoy en día en el caso de que estos vecinos se decidan a trabajar conjuntamente por su estabilización.

Balance de la situación actual

La situación de la coalición liderada por Estados Unidos empieza a parecerse a la de los soviéticos. Éstos aguantaron el tirón frente al mundo entero. Pakistán, Arabia Saudí, Estados Unidos y Francia ayudaron a los *muyahidín* para que combatieran contra ellos. Aún así, se mantuvieron casi 10 años en el país. En cambio, a día de hoy los talibán están solos y se hallan enfrentados a más de 40 países, con más de 80.000 soldados sobre el terreno. Sin embargo, todas estas tropas no han conseguido derrotarlos hasta el momento. De este modo, esta cuantiosa fuerza internacional sigue sin controlar de manera efectiva una gran parte del territorio afgano. El gobierno de Karzai es débil y se encuentra lastrado por la corrupción, la cual devora las ayudas externas. Ello le ha desprestigiado profundamente entre una gran parte de la población. Asimismo, el cultivo del opio se ha ido extendiendo.

Sus beneficios han contribuido a enriquecer a los narcotraficantes y a reforzar el poder de los distintos «señores de la guerra», lo cual constituye un gravísimo obstáculo en el proceso de construcción de un Estado mínimamente operativo. Un último aspecto muy negativo de esta situación es el elevado número de víctimas civiles que se está produciendo. Una de las razones de que esté siendo así radica en la táctica de las fuerzas internacionales consistente en evitar a toda costa bajas entre sus propias filas, con el fin, entre otras cosas, de ahorrarse problemas con unas opiniones públicas nacionales cada vez menos favorables a la continuación de las operaciones en suelo afgano. Para ello se recurre a un despliegue masivo de potencia militar. Es lo que La Grange y Balencie denominan la «borrachera de poder» o «aplantar el problema en lugar de resolverlo», lo que acaba ocasionando un importante número de víctimas inocentes. Todo ello está resultando terriblemente perjudicial para la estabilización del país.

Por contra, los talibán y Al Qaeda mantienen numerosos partidarios en todo el país, pero especialmente en el suroeste. Sus éxitos se deben a distintas razones. Una de ellas estriba sencillamente en que frente al corrupto Estado oficial han sido capaces de instituir en las zonas bajo su control una suerte de Estado alternativo, que proporciona una justicia, sumaria y brutal ciertamente, pero también rápida y barata, tal y como apunta Jacques Folloron (2). Asimismo, parecen haber adoptado una táctica más inteligente que la del pasado. De acuerdo con Patrick Porter (3), ahora su actitud con

(2) «Les Leçons obliées du Vietnam», *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2009.

(3) *Le Monde*, 2 de enero de 2010.

respecto a la población es algo menos rigorista que cuando ocupaban el poder. Han renunciado, aunque sólo sea provisionalmente, a aquellas prácticas que más apoyos les enajenaron en el pasado, como la represión del cultivo del opio, la barba obligatoria para los hombres y la prohibición de los instrumentos de música y del cine. Del mismo modo, se están sirviendo de forma masiva de las nuevas tecnologías como instrumentos de propaganda, como ocurre con los CD,s, lo cual, dicho sea de paso, en un país con un número tan importante de analfabetos resulta extraordinariamente apropiado, ya que quien no puede acceder a la letra escrita sí puede hacerlo, en cambio, a la palabra y a la imagen.

Por último, Pakistán está siguiendo su propia agenda, para mayor enojo de las potencias occidentales. De este modo, continúa el apoyo a los talibán, por parte sobre todo de su Servicio Secreto, el célebre ISI. La raíz de esta política estriba en el deseo por parte paquistaní de asegurarse una influencia duradera en el Gobierno afgano, en especial una vez que los aliados abandonen la zona, lo cual habrá de ocurrir tarde o temprano. Pero existen también otras razones de peso. Una parte importante de la población paquistaní se solidariza con los insurgentes afganos, ya sea por motivos de afinidad ideológica o étnica. A ello se añade el hecho de que, como en el resto del mundo islámico, existe una marcada hostilidad hacia Estados Unidos, en razón sobre todo de su apoyo a Israel. Todo ello hace que, aparte de por sus designios estratégicos, los dirigentes paquistaníes deban ser muy prudentes a la hora de colaborar con la coalición liderada por los norteamericanos.

Pero hay todavía otros factores más que hay que tener en cuenta. Con respecto a los talibán, a la carta pastún, ya mencionada, se añade también la carta yihadista, muy querida por las autoridades del país, sobre todo desde los tiempos de Zia-ul-Haq (1977-1988). Esta querencia responde a distintas razones. Por una parte, los grupos islamistas, aunque muy minoritarios en el conjunto del país, ejercen una fuerte influencia en el Ejército y en la Administración y están muy bien implantados en las regiones de etnia pastún. Asimismo, durante las épocas más o menos democráticas, que se han alternado con la dictaduras abiertas, han ejercido muchas veces en el Parlamento el papel de partidos bisagras, lo cual les ha permitido obtener numerosos recursos añadidos con los que financiar su penetración en la sociedad civil. Por último, los grupos yihadistas han sido utilizados por el Estado paquistaní como un instrumento para desestabilizar a su vecino indio, sobre todo en la disputada región de Cachemira. Este apoyo a los yihadistas que combatían en Cachemira fue transferido después a los yihadistas afganos. Sin embargo, esta política no deja de entrañar serios peligros. Los yihadistas no son fácilmente controlables y actualmente el Estado paquistaní se encuentra azotado por una espiral de atentados sangrientos, mientras parte de su territorio está dominado ya *de facto* por sus propios talibán locales.

Como quiera, y con independencia de lo que pueda suceder más a largo plazo, la «tibieza» paquistaní a la hora de colaborar en la lucha contra la insurgencia afgana, constituye otro grave problema. El conflicto afgano empieza a parecerse a un callejón sin salida. Así está siendo reconocido por diversos analistas de prestigio. A este respecto, el 21 de julio de 2008, Gerard Chaliand, importante polemólogo francés de origen armenio, declaró que la victoria de la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) en Afganistán

era imposible (4). Asimismo, William R. Poole, profesor de Historia en la Universidad de Chicago, estima solamente en un 10% las probabilidades de éxito para Estados Unidos en Afganistán (5).

Posibles alternativas

La situación, como puede apreciarse, es extremadamente complicada. Por ello, podemos preguntarnos cuáles son las posibles alternativas que puede adoptar la coalición liderada por Estados Unidos. Una de ellas podría ser incrementar la presencia militar hasta obtener una ventaja decisiva sobre el terreno que decantase claramente la situación en favor suyo. Para Gerar Chaliand (6) ésta sería:

«La peor de las soluciones... sería comprometerse más en el conflicto.»

Sin embargo, una política semejante acabó teniendo un notable éxito en Irak, por lo cual no parece que sea algo que se pueda descartar sin más. El mayor compromiso inicial sería un paso previo para un ulterior descompromiso progresivo.

Una alternativa radicalmente distinta consistiría en la compartimentación del país. Se trataría de renunciar a cualquier intento de edificar un Estado viable en Afganistán, renunciando también a todo lo que, mal que bien, se ha conseguido en el último siglo y medio. Esta división del país podría hacerse de distintas maneras. Una de ellas consistiría simplemente en dejar que los distintos «señores de la guerra» consolidasen sus áreas de influencia. Es lo que defiende el tratadista franco-israelí Elie Barnavi (7). Pero cabe preguntarse si ello no supondría condenar a Afganistán a ser un territorio permanentemente pobre y caótico, con el inmenso sufrimiento que ello depararía a sus habitantes y con el grave riesgo de desestabilización que conllevaría asimismo para el resto del planeta. Frente a esta primera forma de división, más primitiva, hay quien defiende otra mucho más ambiciosa y compleja. Este es el caso de teóricos neoconservadores como Robert Kaplan (8), para quien incluso podría pensarse en remodelar toda la zona de arriba a abajo y crear un Estado pastún. Este Estado se crearía con los miembros de esta etnia establecidos tanto en Afganistán como en Pakistán, aunque ello supondría entonces dislocar Pakistán, algo quizá inevitable. Cuando se leen cosas de este tenor, hay que preguntarse si quien las ha escrito ha reflexionado a fondo de verdad sobre los costes humanos de todas estas remodelaciones tan ambiciosas y tan brillantes sobre el papel y sobre sus posibles efectos secundarios a más largo plazo.

Yendo aún más lejos, podría optarse por la retirada total, dejando el país abandonado a su suerte. Ésta es la postura defendida por autores célebres como el ya fallecido Samuel P. Huntington (9). Éste afirmó en su momento que:

(4) *Les empires et la puissance: La géopolitique aujourd'hui*, pp. 269-273, París, 1985.

(5) CHÂTELOT, Christophe and CLAUDE, Patrice: entrevista a Gérard Chaliand, *Le Monde*, 22 de julio de 2008.

(6) *Le Monde Diplomatique*, noviembre de 2009.

(7) «Quelle stratégie pour sortir de l'impasse...», *Le Monde*, 14 de octubre de 2009.

(8) «L'Afganistan. Le début de la sâjese», *Marianne*, 20 de noviembre de 2009.

(9) «La Revanche de lá géographie», *Foreign Policy*, recogido por *Courier International*, p. 51, 7 de octubre de 2009.

«No existe posibilidad alguna de que Estados Unidos salgan victoriosos de esta situación.»

Esto fue lo que hizo Francia con Argelia en el año 1962. Pero es poco probable que Estados Unidos asuma semejante fracaso, sobre todo cuando existe el riesgo de que los talibán puedan hacerse con una parte muy importante del territorio afgano y utilizarlo como una plataforma desde la que desestabilizar a los países vecinos, e incluso para atacar a los países occidentales, algo que, como todos sabemos, ya hicieron en el pasado.

Podría negociarse con los talibán «moderados», excluyendo a los más «radicales» y exigiéndoles romper con Al Qaeda. Pero los talibán sólo negociarían en el caso de que la situación les sea desfavorable. Hoy no es el caso y un futuro previsible tampoco lo va a ser. Esta estrategia de negociación es privilegiada sobre todo por los franceses. Así, Christophe Joffrelot cree que:

«La guerra no puede ganarse, pero que, al menos, puede no perderse» (10).

Empero, aún en el caso de que hubiese talibán realmente «moderados» dispuestos a negociar, esta estrategia conlleva ciertos riesgos. Si en el curso de la negociación estos talibán consiguiesen, como es previsible, ciertas posiciones dentro del Ejército, la Policía y la burocracia, no puede descartarse que las fueran a utilizar más tarde para tratar de hacerse con el poder, en alianza incluso con sus correligionarios más «radicales». La negociación podría acabar entonces igual que en el viejo relato de la *Iliada* sobre el «caballo de Troya».

Frente a estas posturas, más bien derrotistas, existe una alternativa bien diferente. Implica, sin duda, una fuerte inversión en tiempo y en recursos económicos. Pero, de tener éxito, puede suponer un avance real en la solución de los problemas, en vez de ser un mero parche, que tarde o temprano habría de despegarse como ocurre, en buena medida, con las propuestas que acabamos de examinar. Un primer elemento ha de consistir en buscar una salida realmente multilateral, implicando en ella a los distintos países vecinos. En esta línea, Ruslan Jasbulatov (11), antiguo presidente del Sóviet Supremo de la URSS, propuso ya hace varios años una participación no sólo de Occidente, sino también de: Pakistán, China, India, Irán, Tayikistán, Rusia, Turkmenistán, Uzbekistán y Kazajistán.

Es especialmente importante la implicación de China, ya que este país posee medios de presión muy importantes sobre Pakistán, con el cual mantiene relaciones privilegiadas desde hace más de 50 años. Naturalmente, una negociación multilateral de esta índole debería ir más allá de un mero reparto de influencias, que pase por encima de la voluntad y los intereses de los propios afganos. Para que no sea así, se haría preciso trabajar más duro por reforzar un Estado afgano capaz de actuar con una progresiva autonomía, en vez de ser un mero cliente de alguna potencia extranjera. El logro de este ambicioso objetivo, tan lejano hoy en día, requeriría de cuantiosas inversiones y de una presencia prolongada de tropas extranjeras, por más que se pueda buscar también que esta presencia se haga menos torpe. Solamente un Estado semejante sería capaz de ir poniendo

(10) *Marianne*, 27 de noviembre de 2009.

(11) *Gazeta Wyborcza*, 17 de julio de 2003.

coto al poder de los distintos señores locales e ir integrando al conjunto de la sociedad en un proyecto nacional común. Por más utópica que pueda parecer esta aspiración, parece preferible a cualquier solución apresurada, cuyo resultado más probable no será, sino un regreso agrabado de los anteriores problemas.